

CONTESTACIÓN AL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. D. KLAUS WAGNER ERBSKORN EN EL
ACTO DE SU TOMA DE POSESIÓN COMO
ACADÉMICO DE NÚMERO

Por ROGELIO REYES CANO

Excmos. e Ilmos. Señores Académicos,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Señoras y Señores:

Alguna vez he dicho en esta misma tribuna, con ocasión de un homenaje a la memoria de un querido compañero ya desaparecido, que pocas cosas hay más gratas en el curso de la vida académica que hacer coincidir la obligación con la devoción, lo que uno está obligado a hacer por imperativo de justicia con lo que uno quiere hacer por una gozosa razón de amistad y de compañerismo. Y ésta es justamente la situación en que me encuentro en estos momentos, en la que me toca la honrosa tarea de contestar al discurso de ingreso del profesor Klaus Wagner como miembro de número de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Honor que en cierto modo me ha conferido él mismo, al sugerir amablemente mi nombre para ese cometido, y que mis compañeros de Academia ratificaron en la correspondiente Junta; honor al que yo correspondo con grandísima alegría, pues me ofrece una buena ocasión para ponderar todo lo que él significa para mí como persona, como amigo y como hombre de estudio y de investigación; y también para evocar gratamente, con no pocos tintes de melancolía, tantos y tantos momentos vividos en común, tantas experiencias compartidas en el curso de un tiempo

que ya va siendo más dilatado de lo que a los dos nos gustaría. Por eso digo que pocos encargos puedo recibir que iguale en satisfacción a éste de hoy, ya que en él concurren gozosamente la reglamentaria tarea de hablar de sus muchos méritos profesionales- de pronunciar su "laudatio" académica - con la devoción que a su persona y a su obra le vengo profesando como compañero y como amigo desde hace muchísimos años. Estoy seguro de que ha sido esa misma razón de amistad, y no la cortedad de mis méritos, la que ha impulsado también a él a sugerir que fuese yo quien le contestase en tan señalado acto. Vaya, pues, por delante mi agradecimiento a su cordial generosidad para conmigo. Y espero saber darles a ustedes cuenta cabal de las razones por las que el profesor Klaus Wagner, alemán de origen, español de nacionalidad y sevillano de adopción, ha entrado con toda justicia en esta Casa que quiere representar la continuidad histórica de la mejor tradición cultural de nuestra ciudad, el legado del espíritu fundacional de aquellos hombres de la Ilustración sevillana que, al igual que nuestro nuevo académico numerario, hicieron del estudio y de la investigación una razón de vida.

Conocí a Klaus Wagner, entonces jovencísimo lector de alemán de la Universidad de Sevilla, a mediados de los años 60, cuando acababa de cursar sus estudios de Filología Románica, Historia y Filosofía en la Universidad "Juan Gutenberg" de Maguncia, donde se doctoró con una tesis sobre Lope de Vega. Tras un curso en la Universidad de Barcelona y dos como becario en la de Madrid, llegó a la entonces Facultad de Filosofía y Letras de nuestra ciudad. En ella viene ejerciendo ininterrumpidamente hasta el momento actual. Primero lo hizo en calidad de Lector; y más tarde, ya doctorado también en Filología Hispánica por nuestra Universidad con una tesis sobre el impresor sevillano Martín de Montedoca que le valió el Premio Extraordinario de Doctorado, pasó a ejercer como Profesor Titular de Literatura Española, adscrito al Departamento del mismo nombre de la Facultad de Filología. Treinta y cinco años de docencia universitaria de los que no puedo ahora, ni lo pretendo, dar cuenta detallada. Baste decir que en tan largo período ha dado siempre muestras de una vocación y de un rigor más que probados. Vocación de maestro que a su reconocido saber profesional aúna algo que por desgracia no siempre abunda en el mundo de la enseñanza; me refiero a su bonhomía y a su buen sentido; a su siempre madura e inteligente percepción

del estado de la vida universitaria; a su gran modestia y carencia de cualquier engolamiento; a su permanente culto a la amistad y al compañerismo, y -¿por qué no decirlo también?- a un agudo y sutil sentido del humor que forma parte de su personalidad de humanista moderno y que no está reñido, sino que se complementa muy bien, con la altura intelectual de sus clases.

En tantos años de contacto he compartido con él el día a día de la marcha del Departamento de Literatura Española, primero bajo el valioso magisterio de Don Francisco López Estrada y luego, ya en tiempos más recientes, codo con codo, y con responsabilidades siempre nuevas, junto a otros muchos queridos compañeros en la docencia. Pero más allá de esa relación meramente profesional, he tenido también acceso a otros perfiles más íntimos y confidenciales de su rica personalidad, a esos que, una vez franqueados, convierten un buen día al colega en amigo. Son esos pliegues más personales que se me han ido revelando poco a poco, sin aparente importancia, en las charlas distendidas de los pasillos universitarios, en las conversaciones en el bar de la Facultad o en la inolvidable experiencia de aquella irreplicable tertulia de los jueves en "El Rinconcillo", que fue durante bastantes años auténtica escuela de amistad y de debate intelectual, de sano esparcimiento y de respeto mutuo, en la que el saber estar de Klaus Wagner, su siempre tolerante y comprensivo liberalismo, la sabia administración de sus silencios y de sus intervenciones, su agudeza y su fino humorismo se convirtieron ya para todos en el paradigma del tertuliano ideal.

Pero hay otra faceta suya que me gustaría ponderar hoy sobre todas las demás: me refiero a su amor al libro. Haber cursado sus estudios en la Universidad "Juan Gutenberg" de Maguncia parece toda una premonición. Amor de bibliógrafo, desde luego, pero también de bibliómano y sobre todo de bibliófilo, es decir, de quien se interesa por los textos más allá de su materialidad formal y tipográfica, aunque doy fe de que Klaus tuvo hace años la paciencia de aprender el arte de la encuadernación, que hoy practica con notable competencia. Su bibliomanía tiene, sin embargo, el sello del viejo saber de los humanistas del Renacimiento, fascinados por el mundo de ideas que los libros llevan dentro.

Treinta y cinco años también de intensa actividad investigadora que lo consagran ya como un consumado especialista en dos importantes parcelas del saber histórico-filológico: el mundo del libro y de las bibliotecas, y las corrientes y movimientos espirituales de la España del Siglo de Oro, además de otros muchos y diversos campos del saber.

Enumerar sus muchas publicaciones sobre ambos dominios sería tarea larga e innecesaria en un acto como éste, que por fuerza tiene que ser breve. Me limitaré, en el primero de ellos, a recordar sus valiosos artículos y monografías sobre la figura y la biblioteca de Hernando Colón, principal "leitmotiv" de su obra investigadora, tal como acaban ustedes de comprobar en su bello discurso; sus trabajos sobre los impresores sevillanos (Martín de Montedoca, los Cromberger, Estacio y Simón Carpintero, etc); sobre el comercio del libro en nuestra ciudad y sus más importantes bibliotecas (la de Constantino Ponce de la Fuente, la del doctor Francisco de Vargas, la de los monasterios y conventos...) Y además una utilísima labor de catalogación: el *Catálogo concordado* de la de Hernando Colón, todavía en curso de publicación, en colaboración con Tomás Marín y José Manuel Ruiz Asencio); el de los impresos del XVI de nuestra Biblioteca Universitaria; el de los fondos italianos de la Colombina (en colaboración con el profesor Manuel Carrera...), etc. Y ya en la parcela de los movimientos espirituales de la Sevilla del XVI, sus aportaciones fundamentales sobre la Inquisición, los focos de luteranos y erasmistas, las obras de Egidio, Constantino Ponce de la Fuente... y otros muchos trabajos, a los que habría que añadir varias traducciones al español de importantes obras escritas en alemán, como el valioso *Manual de versificación española* de Rudolf Baehr, de la editorial Gredos, que llevó a cabo en colaboración con López Estrada en los primeros años de su estancia en Sevilla; *Infancia en Berlín*, de Walter Benjamin, en Alfaguara, y el curiosísimo *Relato de la conquista del Río de la Plata y Paraguay*, de Ulrico Schmidel, en Alianza Editorial, del que hay que decir, como nota de su importancia, que dos capítulos del mismo se van a incluir en los libros de textos escolares de la Argentina.

Este somero recorrido por la obra publicística de Klaus Wagner pone de relieve dos hechos que justifican con creces su ingreso

en nuestra Academia: su sostenida atención a los temas sevillanos y su profundo conocimiento de las bibliotecas de nuestra ciudad. En cuanto a lo primero, el profesor Wagner ha contribuido notablemente a clarificar el mundo de la espiritualidad sevillana del Renacimiento, muy especialmente en el terreno de la disidencia religiosa, en ese momento crítico del arzobispado de Alonso Manrique, Inquisidor General y protector de los núcleos reformistas. Y lo mismo puede decirse en lo que respecta al mundo de la tipografía hispalense de la época. Y en cuanto a su amor por las bibliotecas, estoy dispuesto a afirmar, sin la menor reserva, que no sé de nadie, hoy por hoy, que conozca mejor que él las grandes bibliotecas y archivos históricos de Sevilla y que más tiempo de su vida les haya entregado: a la Universitaria, al Archivo de Protocolos, a la del Palacio Arzobispal... y muy especialmente a la Capitular y Colombina, a cuyo desentrañamiento Klaus ha aplicado durante años y años toda su constancia y perseverancia germánicas. No hubiera sido posible, de otra manera, su descubrimiento de un códice autógrafo del humanista italiano Francesco Filelfo, o sus interesantes observaciones sobre el precio de los libros, sobre las siglas de los pies de imprenta en los repertorios bibliográficos ideados por el propio Don Hernando Colón, sobre las obras de la Colombina perdidas y recuperadas, o sobre la relación entre sus fondos y la Reforma Protestante, y tantas y tantas cuestiones como ha ido desbrozando en sus trabajos. Él representa, en el terreno de la investigación bibliográfica, a esa figura, tan frecuente en la historia de Sevilla, del forastero que se apasiona por la ciudad y termina por naturalizarse y hacer por ella lo que sus propios hijos muchas veces no hacen, llenando de ese modo un imperdonable vacío. En ese sentido nuestra ciudad tiene contraída con él una deuda de gratitud, pues ha puesto al alcance de todos nosotros datos fundamentales sobre las interioridades de nuestros propios centros de investigación. Deuda que entiendo compensada ahora en buena parte al ser acogido en esta Academia como signo de reconocimiento a toda una labor de muchos años que ya le venía siendo internacionalmente valorada, pues conviene recordar que, entre otros méritos, el profesor Wagner ha sido invitado a dictar cursos y conferencias de su especialidad en las Universidades de Oxford (donde ha sido Profesor Visitante),

Birmingham, Colonia, Harvard, Wellesley, Internacional Menéndez Pelayo, así como en el Institut d'Étude du Livre de París, y en la Scuola Speciale per Archivisti e Bibliotecari de la Sapienza de Roma. Es también miembro de la prestigiosa Internationale Gutenberg-Gesellschaft de Maguncia y colaborador del *Lexikon des gesamten Buchwesens* de Stuttgart, "Correspondente estero" de la revista *Il Bibliotecario* de Roma, y Asesor del Centro de Estudios de la Reforma, de Madrid.

No hay que extrañarse de tales honores en el campo de la bibliografía y de la espiritualidad renacentista, pues quienes nos preciamos de conocerlo bien sabemos que Klaus es, ante todo y sobre todo, un hombre de biblioteca, un investigador nato que encuentra en las bibliotecas su encaje natural y al que cabría aplicar sin violencia alguna aquellos famosos versos del "Poema de los dones" de Jorge Luis Borges:

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca
Exploro con el báculo indeciso.
Yo, que me figuraba el Paraíso
Bajo la especie de una biblioteca*

No hace falta haber leído la famosa novela de Umberto Eco para saber que cada biblioteca, por muy modesta que sea, puede tener siempre algo de enigmático. Enigma que suele acrecentarse en proporción directa a la extensión y antigüedad de sus fondos. Pues bien: yo diría que entre Klaus Wagner y ese misterioso mundo de las grandes bibliotecas ha habido siempre una relación muy especial, muy particular e íntima, una auténtica relación de vida y de experiencia. Si por azar se lo encuentran ustedes por un pasillo de la Universidad, no tengan la menor duda de cuál será su procedencia o su destino: una biblioteca o un archivo. Mi experiencia personal en ese campo me dice que la mayoría de los investigadores "usamos" o "nos servimos" de la biblioteca como un medio; él, por el contrario, parece ir siempre mucho más allá: podría decirse que "vive" la biblioteca, se identifica y se apasiona con ella, pasa en ella muchas horas al día, se complace con verdadera fruición en descubrir sus más escondidos rincones, las claves para navegar por sus meandros,

como si de un reto vital se tratara. Si él me acepta una pequeña broma, yo les diría a ustedes que conoce la Colombina tan bien, o quizá mejor, que el propio Don Hernando Colón, y que ese conocimiento no es de hoy sino que viene de mucho más atrás: de los tiempos ya lejanos de la dirección de Don Francisco Álvarez Seisdedos, cuando la actividad de la biblioteca se concentraba en aquel solemne pero algo inhóspito salón del Patio de los Naranjos, casi siempre solitario, y azotado por todos los fríos invernales. Acompañado - y tantas veces asesorado- por el ayudante de la Biblioteca (el eficiente Francisco Guerrero) he visto muchas veces a Klaus Wagner, haciendo caso omiso de los ficheros, patearse los laberínticos entresijos de los estantes de la Colombina como guiado por un secreto hilo de Ariadna, con la pasmosa seguridad del que andaba por terreno conocido a la caza de la codiciada pieza bibliográfica que nadie, salvo él mismo, sabía en verdad dónde se encontraba. Y con su proverbial generosidad, ayudarnos a todos en la búsqueda de los textos más raros o facilitarnos preciosísimas informaciones. Los resultados de tantos años de entrega y de estudio los ha ido pacientemente volcando en sus numerosas publicaciones sobre los fondos de la Biblioteca y acaban de comprobarlo ustedes en el original perfil que nos ha trazado de la figura del hijo del Descubridor.

No me ha sorprendido el tema de su discurso: la persona de Don Hernando Colón; es decir, el hombre, más que estrictamente su biblioteca. Y es que en el curso de tan largo tiempo de tan estrecha y sostenida familiaridad con don Hernando a través de las anotaciones de puño y letra que el hijo del Descubridor fue poniendo en sus libros, Klaus Wagner ha terminado por sentirse atraído por tan singular personaje y ha querido aprovechar este solemne momento de su ingreso académico para exponernos digamos que su propia "teoría" sobre alguien tan "descomunal", es decir, tan "fuera de lo común", como Don Hernando, respondiendo así- estoy seguro- a muchos interrogantes que le han debido perseguir durante años.

¿Un loco Don Hernando Colón? Sin la menor duda, si por "loco" hay que entender lo que entendían los humanistas del Renacimiento, entre ellos el mismo Erasmo, que tuvo a bien regalarle, dedicado, su *Antibarbarorum Liber*, y que había escrito

nada menos que el *Elogio de la locura*, la famosa *Stultitiae Laus*. En efecto, esa locura renacentista nada tenía que ver con la locura patológica (la “insania” latina) de la que hoy se ocupa la Psiquiatría, sino más bien con la “stultitia”, es decir, con una sana “necedad” o “ligereza” en la conducta, con esa veta de liberadora irracionalidad que el hombre necesita desplegar de vez en cuando para no caer en la neurosis de lo excesivamente serio. En un texto tan representativo de los ideales del Humanismo como es *El Cortesano*, verdadero libro de etiqueta de la época, auténtico “best-seller” de entonces, leído en todos los círculos cultos de Europa, Baltasar de Castiglione había escrito que “en cada uno de nosotros hay alguna simiente de locura, la cual, si se granjea, puede multiplicarse casi en infinito”. Sólo que en Don Hernando Colón esa pequeña simiente creció hasta convertirse en desmesura, desmesura positiva, desde luego, que lo llevó a reunir la más importante “librería” privada de su tiempo. Fue, en efecto, una obra “descomunal”, es decir, que excedió los límites de lo común y que recuerda inevitablemente el famoso “fagamos...” de los canónigos de Sevilla cuando planearon la construcción del gran templo catedralicio.

Es convincente la idea de que Don Hernando aspirase a emular, por la vía de las “letras”, lo que su padre había hecho en el plano de la aventura personal, en el plano digamos de las “armas”. El Renacimiento fue una época muy dada a la formulación de paradigmas ejemplarizantes, con dos modelos humanos muy recurrentes: Aquiles, o el arquetipo del “hombre de armas”, poseedor de la virtud de la “fortitudo”; y Ulises, poseedor de la “sapientia” del “hombre de letras”. Esa “sapientia” era el mayor patrimonio de los humanistas, que veían el mundo, como se ha dicho, “sub specie litteraturae”, es decir, desde el punto de vista de las “letras”, sobre todo de los llamados “studia humanitatis” o saberes de la antigüedad grecolatina. Saberes o ciencias del hombre que generaron una nueva imagen del mundo, una valoración del hombre por lo que tiene de humano, es decir, de poseedor de la “dignitas”. De ahí su pasión por los libros, su apasionado amor por los clásicos, cuyas obras, gracias a las nuevas técnicas de la filología, serán entonces releídas con la misma fruición con que en la Roma del XVI se desenterraban los vestigios arqueológicos

de la pasada grandeza, extraídos de esos “superbi colli” cantados por Castiglione, que poco después nuestro Rodrigo Caro identificaría con los “campos de soledad” y el “mustio collado” de la famosa Itálica. Al hilo de esta veneración humanística por los libros antiguos, emociona leer aquellas bellísimas palabras que el señor Nicolás Maquiavelo dejó escritas en una carta fechada en el año 1513:

Cuando llega la noche, vuelvo a mi casa y entro en mi biblioteca. Me despojo en los umbrales del traje de diario, lleno de lodo, y me pongo paños curiales y regios. Vestido decentemente, entro en la antigua Corte de los hombres antiguos, donde, recibido amistosamente por ellos, me nutro de aquel alimento que sólo es mío, y para el que yo he nacido. No me arrepiento de hablar con ellos ni de preguntarles por el motivo de sus acciones, y ellos me responden con su gran humanidad. Durante cuatro horas no siento tedio ni cansancio, olvido todo cuidado, no temo la pobreza, la muerte no me espanta.

Maquiavelo, secretario de la Signoria de Florencia, autor del más realista de los tratados de gobierno de todo el mundo moderno, observador atento de todas las miserias de la política cotidiana, reconoce, sin embargo, como buen humanista, la suprema dignidad del acto de la lectura de los clásicos, esa milagrosa posibilidad, como escribió Don Francisco de Quevedo, de “vivir en conversación con los difuntos” y de “escuchar con mis ojos a los muertos”. Dignidad de la acción que exige, cómo no, la dignidad y la decencia de las formas, esos “paños curiales y regios” que en la alta noche florentina enaltecen la operación de leer. Don Hernando Colón carecía, desde luego, como nos ha sugerido magistralmente Klaus Wagner, de la entidad intelectual del autor de *El Príncipe* y de otros grandes autores del Renacimiento. Más que un estudioso, era en verdad lo que hoy llamamos un bibliógrafo, es decir, un hombre preocupado por asegurar técnicamente la continuidad de la cultura escrita. Pero poseía, sin duda, esa misma pasión humanística por los libros, que le llevó a adquirirlos, a cuidarlos, a ordenarlos, a anotarlos en los márgenes, a preocuparse por su futuro cuando él ya no estuviese en este mundo. Ahí, en verdad, está su locura, cuyo origen sólo puede entenderse en ese contexto del humanismo español de la segunda

mitad del siglo XV, en esa corte de los Reyes Católicos informada por la “cultura libresca” de Pietro Martire d’Anghiera y otros autores italianos de la época. Una locura “cuera”, como la que Cervantes, lector de Erasmo, había ideado para su héroe, un desmesurado amor por el libro que sobrepasa los límites de su tiempo histórico y hace del hijo del Descubridor un antecedente del bibliógrafo dieciochesco, del erudito de las Luces preocupado por articular racionalmente los saberes en catálogos y repertorios, y por asegurar el futuro de los libros en las ordenadas estanterías de las bibliotecas. Y Klaus Wagner ha resaltado muy bien esa nota de modernidad, esa condición de pionero, de adelantado de la magna obra bibliográfica del sevillano Nicolás Antonio. Una conclusión de gran interés científico, pues realza la labor de Hernando Colón más allá del simple coleccionismo librero y la ubica convincentemente en la mejor historia de la bibliografía moderna.

Yo creo —y con esto termino— que no exagero un ápice si digo que Don Hernando Colón y el profesor Klaus Wagner son dos personas que están unidas en el tiempo por esa misma pasión bibliográfica de base humanística; hay entre ellos una sintonía de amor por el libro, una misma “locura” intelectual que se despliega y se solaza en el acogedor sosiego de los archivos, “paraísos cerrados para muchos, jardines abiertos para pocos”, como diría el poeta granadino Pedro Soto de Rojas.

Esa pasión racional por el mundo del libro y ese profundo conocimiento de la historia de nuestra ciudad son los dos grandes activos intelectuales que, junto a su alta calidad humana, aporta hoy Klaus Wagner a esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que se siente muy honrada con su presencia y que muy pronto verá, sin duda, los frutos de tan valiosa incorporación. Si como amigo suyo y compañero universitario me llevo una gran alegría, como miembro de esta corporación no tengo por menos de celebrar que personas como él, que tanto y tan seriamente vienen trabajando por Sevilla, encuentren aquí, como en este caso, su sitio natural.

He dicho.